

Alas a la ostra José Martí y la poesía auténtica

Ariel González Rodríguez¹

ORCID: 0000-0002-8440-3565

Universidad Autónoma de Colombia

Artículo de Reflexión Derivado de Investigación

Aprobado: 25-11-2025

Resumen

Este artículo explora la concepción de la poesía auténtica en la obra de José Martí, analizando la estrecha armonía entre su credo estético y su práctica literaria. Examina cómo Martí, influido por figuras como Walt Whitman, vincula la autenticidad con la libertad y la trascendencia, posicionando al poeta como un "sacerdote" de una religión nueva y definitiva. A través del análisis de ensayos críticos -especialmente los dedicados a Whitman y Pérez Bonalde- y de su propia producción poética (Ismaelillo, Versos sencillos y Versos libres), se evidencia la resistencia de Martí hacia los moldes que deshumanizan al individuo. El artículo destaca la figura del "Homagno" como el ideal del hombre magno que, mediante un ejercicio de introspección y rebeldía, logra despojarse de las máscaras sociales para alcanzar una expresión natural y sincera, donde la forma no es una impostura, sino la manifestación genuina del alma.

Palabras clave: José Martí, Poesía auténtica, Modernismo, Homagno, Libertad estética.

¹ Profesor de Tiempo completo del Programa de Estudios Literarios de la Facultad de Ciencias Humanas en la Universidad Autónoma de Colombia.

Wings to the Oyster: José Martí and Authentic Poetry

Abstract

This article explores the concept of authentic poetry in the work of José Martí, analyzing the close harmony between his aesthetic creed and his literary practice. It examines how Martí, influenced by figures such as Walt Whitman, links authenticity with freedom and transcendence, positioning the poet as a “priest” of a new and definitive religion. Through the analysis of critical essays—especially those dedicated to Whitman and Pérez Bonalde—and his own poetic works (Ismaelillo, Simple Verses, and Free Verses), Martí’s resistance to the molds that dehumanize the individual is evident. The article highlights the figure of “Homagno” as the ideal of the great man who, through an exercise in introspection and rebellion, manages to shed social masks to achieve a natural and sincere expression, where form is not an imposture, but the genuine manifestation of the soul.

Key words: José Martí, Authentic Poetry, Modernism, Homagno, Aesthetic Freedom.

Asas para a Ostra: José Martí e a Poesia Autêntica

Resumo

Este artigo explora o conceito de poesia autêntica na obra de José Martí, analisando a estreita harmonia entre seu credo estético e sua prática literária. Examina como Martí, influenciado por figuras como Walt Whitman, vincula autenticidade à liberdade e à transcendência, posicionando o poeta como um “sacerdote” de uma nova e definitiva religião. Através da análise de ensaios críticos — especialmente aqueles dedicados a Whitman e Pérez Bonalde — e de suas próprias obras poéticas (Ismaelillo, Versos Simples e Versos Livres), torna-se evidente a resistência de Martí aos moldes que desumanizam o indivíduo. O artigo destaca a figura de “Homagno” como o ideal do grande homem que, por meio de um exercício de introspecção e rebeldia, consegue se despojar das máscaras sociais para alcançar uma expressão natural e sincera, onde a forma não é uma impostura, mas a genuína manifestação da alma.

Palavras-chave: José Martí, Poesia Autêntica, Modernismo, Homagno, Liberdade Estética.

Patria y poesía

Una vieja maldición china dice: “ojalá vivas tiempos interesantes”, lo que implica que lo deseable sería vivir tiempos estables y previsibles, en fin, aburridos, en los que el ser humano pueda dedicarse a ser feliz. No creo que la humanidad haya vivido alguna vez tiempos de aburrimiento, y creo, además, que por esa fatalidad histórica existen los poetas. El autor que nos convoca hoy es un ejemplo incontestable, no sólo vivió una época convulsa, sino que también tuvo una agitada experiencia individual. José Martí no estaba en condiciones de aburrirse, podemos imaginar, incluso, que despreció lo que hoy llamamos “la buena vida”, pues eso significaría incurrir en una falta ética, un irresponsable olvido del *ser uno mismo* que ha presenciado el sufrimiento ajeno, y ha padecido el propio. En consecuencia, José Martí fue un revolucionario, y fue poeta, y encarnó en la poesía que da sentido a la memoria histórica de un pueblo, a través de una metáfora bíblica: *apóstol*.

Hoy comprendemos sin reservas su doble apostolado, aquel que sirve a la patria cubana y su razón independentista, y aquel que sirve a la patria poética universal. ¿O son uno los dos? Ya se ha reflexionado con suficiencia sobre cómo esas dos proyecciones de su figura resultan indistinguibles, aunque sea la imagen redentora de su vida política la que nos interpele con mayor fuerza. El reconocimiento

literario ha sido justo. Se lo ha llamado precursor del modernismo. Sus textos no faltan en antologías y se cuenta, a veces con un sentido que trasciende la anécdota, aquel abrazo de padre con que recibió a Rubén Darío. En resumen, no se requiere de un esfuerzo crítico para demostrar su grandeza literaria; más bien lo que se impone es un acto de rememoración que nos haga sujetos de una experiencia poética auténtica. Hasta donde sea posible. La autenticidad, ya se piense desde la filosofía o el arte, se encuentra hoy bajo sospecha, esa es una condición del pensamiento postmetafísico que ha derribado los valores eternos. Y Martí es de esas figuras históricas que nos empeñamos en mantener a buen resguardo. Lo seguimos venerando en su eternidad porque lo investimos con el fundamento de la libertad. El mismo, refiriéndose a su tiempo, dijo que los sacerdotes no merecían ya la veneración de los poetas, ni los poetas habían comenzado todavía a ser sacerdotes. Nuestros tiempos son aún más ruines, pues cada vez es mayor la indiferencia hacia la verdad de la poesía. Libertad y poesía son los sentidos memorables del sacerdocio martiano, y son un camino posible hacia la autenticidad:

Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos. Creáis la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica

el propósito inefable y seductora bondad del Universo².

Esta cita pertenece a uno de esos textos seminales en los que Martí expresa su credo estético, se trata de la crónica que le inspiró un recital de Walt Whitman, celebrado en Nueva York, en abril de 1887. Comencemos, entonces, nuestra rememoración, a partir de los textos con los que habló de la poesía, y de su propia actividad poética. Voy a remitirme a algunos de sus ensayos (crónicas, crítica literaria) en los que aparecen los fundamentos de la autenticidad; en cuanto a la poesía, también deberé escoger unos pocos ejemplos que me permitan establecer una armonía entre credo y práctica. Es decir, hay un principio que legitima la figura poética de José Martí y es su capacidad de ser consecuente: aquello que predicaba como valores de autenticidad en calidad de lector- crítico se hace expresión viva en sus versos. Aquí, por supuesto, hay una posición crítica que he acogido de la misma manera que la mayoría de los estudiosos de su poesía: Martí fue un poeta genuino. He seleccionado, pues, dos ensayos, el referido sobre Walt Whitman, y la famosísima crítica sobre “El poema del Niágara”, en cuanto los poemas, preferiré aquellos que expresan su “arte poética”.

El poeta auténtico y el hombre magno

José Martí escribió su texto “El poeta Walt Whitman” a partir de una referencia

² Martí, 1980, pág. 270.

periodística. Se informaba de la visita que Whitman había hecho a Nueva York para homenajear a Abraham Lincoln. Probablemente, el cubano debió lamentar no haber asistido personalmente al evento, a juzgar por la imagen que escogió, tomada de la prensa, para iniciar su ensayo: *«Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado.»* Podemos suponer que, si la noticia hubiese sido redactada por Martí, la hubiese iniciado de la misma manera, aunque ahorrándose el símil. Whitman no “parecía” un dios. Lo era, porque su poesía tiene la misma dignidad de los libros sagrados. Ahora bien, es conveniente aclarar que Martí no deja de usar las imágenes religiosas en un sentido figurado, como poeta él está al acecho de la “verdad poética” y, antes de nombrarla, la inviste de un valor trascendente. Hay una conexión, aparentemente natural, entre la autenticidad y la trascendencia, como si esos dos valores no pudieran enunciarse sin implicaciones mutuas. Para trascender, la poesía y el poeta deben ser auténticos, y esa condición, para Martí, es una rareza, y cuando se descubre, merece toda la solemnidad del caso. Por eso dice, sin haber presenciado el acto, que: *“Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, himnica fuga,*

olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros"³. Lo que estaba sucediendo en Nueva York era un acto de revelación, uno de esos momentos extraordinarios de la humanidad en los que la libertad habla.

José Martí escribió indignado. No puede entender la razón por la que “el libro pasmoso” de Whitman está prohibido. “¿Cómo no, si es un libro natural?” Expresa inmediatamente, enunciado el fundamento de su autenticidad. La idea es bien conocida, no se trata de un guiño al naturalismo entendido como ideoestética, sino de una versión precursora del malestar de la cultura que años después le quitará el sueño a Freud. Martí enfila sus dardos hacia las instancias legitimadoras que sujetan al hombre hasta deshumanizarlo: *Las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro*⁴ El camino hacia la autenticidad no pasa, entonces, por la adopción de esta o aquella ideología que se le sirve al poeta como un mandato, o una estética prefigurada por las academias, la poesía genuina es aquella que descubre a la humanidad en su Naturaleza. No la naturaleza- paisaje de los románticos, vale aclarar, sino la Naturaleza en mayúsculas en la que se busca la promesa de felicidad del Ser. El

³ Martí, 1980, pág. 269.

⁴ Martí, 1980, pág. 267.

poeta no necesita retornar al estadio primitivo del buen salvaje, sino ser consecuente con su arraigo natural a la tierra donde vive y muere. Por eso Martí ve en Whitman al “hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente... que camina, que ama, que pelea, que rema”, y que cuando hace uso de su libertad creadora en su poesía, brota de él un “lenguaje henchido de animalidad soberbia”. Y como se resiste a aceptar los moldes que lo sujetan, sus versos “no caben en liras ni serventesios remilgados”, ni tratan sobre “dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre”. El moderno José Martí hallará en la literatura, de la mano de Whitman, la revelación de una promesa:

La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos⁵.

De esta idea se desprende una esperanza encarnada en la figura del poeta. Ya el

⁵ Martí, 1980, pág. 270.

terreno estaba abonado por la revolución poética de la modernidad, recuérdese a Baudelaire, para quien el poeta es ese ser excelso capaz de alzarse por sobre la multitud con la potencia sublime del visionario. Martí se apropia de esa imagen y la reproduce en el símbolo de las alas.

El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo⁶.

Hay que tener el valor de ponerle alas a la ostra, diría Martí. El poeta auténtico es aquel que supera las condiciones de sujeción impuestas por una sociedad a la cual tiempo después se la llamará instrumental. En ese sentido, Martí es fiel a la disyunción que la modernidad insta en el poeta y su obra. Este no posee una aureola por derecho, sino que debe ganársela con el trabajo juicioso de la búsqueda de sí. Esta idea Martí la desarrolla con vehemencia en el ensayo crítico dedicado al poeta venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde y su poema al Niágara. Siempre será motivo de especulación por qué Martí prefirió a Pérez Bonalde, como cantor del Niágara, y no a su paisano José María Heredia. Tal vez vio en el venezolano una poética más cercana a la suya propia, en especial el entusiasmo por las conquistas formales del modernismo; a Heredia, no obstante haberlo

⁶ Martí, 1980, pág. 271.

reconocido en una de sus textos críticos, no le perdonó ciertas afectaciones neoclásicas que en general hallaba en los primeros románticos latinoamericanos (el colombiano Rafael Pombo fue quien llevó la peor parte de ese juicio crítico); además, Martí estaba lejos de chovinismos, su crítica a Heredia comienza diciendo: “No por ser compatriota nuestro un poeta lo hemos de poner sobre los demás”. A eso se suma el hecho de que Martí parece usar como pretexto a Bonalde para exponer sus consideraciones personales acerca de la modernidad literaria. Y otra vez es en la

condición natural de la poesía donde encuentra su valor de autenticidad. Bonalde no es un “zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros”, por cuanto su poema nace del encuentro con lo sublime real que provoca en el ser las grandes preguntas sin respuesta y lo deja preso de una angustia inenarrable. Dice Martí: “Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito”. Le aplaude, por consiguiente, que no sea, ni quiera serlo, “poeta cincelador”. El poeta ha dejado hablar a su yo profundo: “brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza”. No puedo dejar de destacar el uso del verbo “brotar”, que lleva la impronta de la intencionalidad interpretativa de Martí; no parece haber, en su caso, palabras no intencionales. Recuerda un verso magistral de Hölderlin que expresa: “ahora, ahora por ello las palabras, brotarán

como flores”. Este verso ocupó largamente al crítico Paul de Man, quien encontró en él “una palabra auténtica que cumple su función más elevada al nombrar al ser como una presencia”⁷. Pero Paul de Man hizo su crítica del romanticismo hordeliano en la segunda mitad del siglo XX, Martí ya se le había adelantado en la idea, hallando en la palabra de Bonalde la naturalidad que brota del alma del poeta, como lo harían, naturalmente, las flores de Hölderlin. Es comprensible, pues, por qué Octavio Paz dirá luego que los modernistas fueron nuestros verdaderos románticos.

Pero veamos otra perspectiva del poeta iluminado por Martí. Por más que su autenticidad brote del ego y su encuentro con la Naturaleza, su poesía es una expresión, también genuina, de su tiempo. En sus palabras sobre Whitman encontramos esta definición que ha sido fuente nutricia para la sociología contemporánea: “Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas⁸. Solo que la historicidad de la poesía no se agota en sus determinaciones; además, consagra una imagen exaltada del poeta capaz de asumir su diferencia esencial. Los tiempos

⁷ De Man, pág. 83.

⁸ Martí, 1980, pág. 270.

interesantes de la modernidad que Martí conoció parecían propicios para la poesía: “viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas, -hombres magnos”⁹. La modernización ilustrada produce una “descentralización de la inteligencia”, lo bello ha comenzado a ser “dominio de todos”, “y el genio va pasando de individual a colectivo”. En esas condiciones, el poeta debe procurar su autenticidad en lo que antes habíamos identificado como el trabajo de la búsqueda de sí. La insistencia en la idea del trabajo es martiana, en la medida en que él considera que “hallarse a sí mismo” en una cultura convencional, es una tarea heroica. Hoy citamos a Nietzsche y a Freud como los teóricos del malestar de la cultura, pero estas palabras de Martí nos despejan cualquier duda:

No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados”¹⁰.

Es el poeta, con su “vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética”, el hombre magno; el “homagno” que como nadie puede desprenderse

⁹ Martí, 1980, pág. 206.

¹⁰ Martí, 1980, pág. 211.

de la máscara y hallar “la verdadera vida que viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente”. Es el Odiseo que se desata del mástil y nada desesperado al encuentro con las sirenas.

Con garbo natural

He mencionado la coherencia martiana entre su pensamiento estético y su poesía. Queda entonces hallar en sus versos la autenticidad que exigía a la labor poética. La dificultad crítica consiste en arribar a certezas, y sabemos que la poesía no trata de lo cierto sino de lo posible. Por ende, hay que aceptar que existen incontables modos del ser auténtico, y que todos dependen de la apuesta estética que se ha elevado a la dimensión de fundamento. José Martí lo encontró en el camino de la escucha de sí mismo, esa naturalidad que brota del alma irrepetible del poeta y hace caso omiso de las bridas que la cultura le impone al hombre. Su virtud poética estaría, pues, en dejar que su palabra brote con la misma energía del pensamiento, sin un trabajo excesivo sobre el texto con las herramientas de la retórica. Él se lo celebró a Pérez Bonalde y lo aplica a su propio quehacer: “Recortar versos, también sé, pero no quiero”, así se desentiende de la opción de cercenar ideas que han surgido del pensamiento libre. No significa, vale aclarar, que no acometiera cierto trabajo artesanal con su lenguaje. Existen documentos originales que prueban cómo elaboró distintas versiones de un

mismo poema, y pueden verse las variaciones; sin embargo, estas son más de forma que de fondo, podía sustituir palabras, pero rara vez sustituyó ideas.

José Martí vivía la experiencia poética, entonces, con un sentido ético. De la ética martiana se ha hablado mucho, de sus posiciones y valores, pero también hay una ética de la escritura que se manifiesta en la coherencia entre el *sí mismo* y la expresión del lenguaje que lo proyecta. Tal vez ahí radique la causa de por qué fue tan incisivo en reflexionar su *poética* en la poesía. Es cierto que ese es un tema recurrente en la modernidad literaria, pero prefiero pensar que, en su caso, dependía de una convicción personal, de la búsqueda de su autenticidad. Los libros que concibió, de los cuales *Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891) se publicaron en vida, y los *Versos libres* (1913), de manera póstuma, los acompañó siempre de un prólogo personal en donde afirmaba su credo estético. Incluso una breve dedicatoria en su primer libro, *Ismaelillo*, para su hijo, contiene el sentido de la naturalidad: “Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos”. Y en sus *Versos sencillos* dice: “amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras”. Eso puede probarse críticamente, sin embargo, lo más justo es creerle al poeta:

Yo soy un hombre
sincero De donde
crece la palma Y
antes de morirme
quiero Echar mis
versos del alma

Son versos del alma, porque al alma, ya lo había dicho él mismo en un cuaderno de apuntes, “pertenecen las facultades volitivas, intelectuales y sentimentales.”¹¹ De modo que la poesía es el lugar del deseo, del pensamiento y el sentir profundo sobre aquellas cuestiones que constituyen la vida en toda su magnitud: familiar, amorosa, social, política, como ya se había indicado, de la institución de un sujeto que trasciende los imperativos ideológicos y hace justicia a la libertad poética de un habla que no necesita, para ser poesía, de una retórica inflada. En ese sentido, se nutre del maestro Walt Whitman, de quien dijo: “Él no infla tomeguines para que parezcan águilas”.

El mayor despliegue de su poética lo hará Martí en sus *Versos libres*, cuyo título es ya una declaración de principios. A ellos se refirió en el prólogo a *Versos sencillos* como “endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad”. Y en el prólogo que sí le correspondía al libro insiste en la génesis natural del alma: “Tajos son estos de mis propias entrañas, mis guerreros”, y si bien hay una supuesta defensa de lo formal:

¹¹ Martí, 1975, pág. 48.

“Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava”, no implica una contradicción, pues la forma no viene a ser una impostura academicista, sino la manifestación del goce del alma.

Una imagen será recurrente como destino libertario de la poesía. El caballo, la expresión pura de la “animalidad”, de la Naturaleza libre que ha sido embridada. El caballo libre es la representación del *homagno* (hombre magno), que Martí había identificado como el poeta de los tiempos nuevos en el ensayo sobre Pérez Bonalde, y cuyo trabajo consistía en hallarse a sí mismo. El caballo embridado y domesticado, y la máscara, son la negación del Homagno:

Homagno sin ventura
 La hirsuta y retostada
 cabellera Con sus pálidas
 manos se mesaba.- "Máscara
 soy, mentira soy, decía; Estas
 carnes y formas, estas barbas Y
 rostro, estas memorias de la
 bestia,
 Que como silla a lomo de caballo
 Sobre el alma oprimida echan y
 ajustan,-
 Por el rayo de luz que el alma mía
 En la sombra entrevé, -¡no son Homagno!

La única salida, la única autenticidad de la que puede valerse el poeta es, entonces, la rebeldía. Con un mínimo de recursos de estilo, apelando a imágenes claras,

repintado dómine la chupa,
De hojas de antaño y de romanas
rosas Orlada, y deslucidas joyas
griegas,—

Y al sol del alba en que la tierra
rompe Echa arrogante por el orbe
nuevo.

Bibliografía citada

José Martí, 1980. *Obra literaria*. Caracas: Ed. Ayacucho.

-----1975. *Obras Completas* (Vol. 21). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales

- ----- 1913. *Versos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.

Paul de Man, 2007. *Retórica del romanticismo*. Madrid: Akal.